

Y allí sentado, gozando, sufriendo, presentir el amanecer en el escalofrío que combatía siempre con un wiscky o media botella de champagne, según la suerte.

Y luego el pequeño "lunch", y después la cama hasta la hora del baño y el paseo y las aventuras galantes.

Esa era su vida, pero su vida solitaria, que mandaba sobre él imperativamente.

Ni por sueños se acordaba ya de Sara, que había quedado en el refugio, cubierta con el batón de encajes que le mandara comprar, esperando, apenas partido, su regreso. Ni se acordaba tampoco de sus proyectados viajes, que hacía apenas unas horas le habían preocupado como algo irremediable.

La bocina de un auto le sacó de su ensueño. Lo detuvo, trepó, y hundido en el asiento, en total abandon, en total olvido del pasado, dió la dirección del club.

—Es inútil que espere y que llore, señorita... ¡Pardón! ¿no? El señor Acuña no vendrá más...

Sara miró al dueño de la casa como si no lo comprendiera. ¡Ella, que había estado esperándole esos tres días más, de minuto en minuto, de hora en hora; que había supuesto tantas cosas; que había llorado creyéndole muerto o herido!

El dueño, impasible, continuó su discurso:

—Si la señorita tiene a dónde ir, sería conveniente... Pardón, ¿no?; por la cuenta no se aflija. ¡El señor Acuña pagará, pagará; le conocemos bien. Arrevoaire, mademoiselle; pardón, ¿no?

Eran las nueve de la mañana. Claro y templado el día, parecía sonreír con su sol y su brisa.

Con la fiebre de no dormir, y de pensar, y de llorar, Sara parecía transfigurada. Se quitó el batón, vistióse el traje con que salió de su casa, y, abandonando regalos, dinero, todo, se fué sin plan, sin apresuramiento, sin vida, sin alma, de aquel nido que adornó con su ilusión y su amor, como un palacio persa.